

Martín Rodrigo y Alharilla: La familia Gil. Empresarios catalanes en la Europa del siglo XIX. Barcelona, Fundación Gas Natural, 2010, 231 págs.

La moda de las biografías empresariales cortas agrupadas por regiones está dando buenos frutos en España. Uno de los últimos libros en llegar, en 2011, ha sido el tan esperado compendio sobre los empresarios andaluces, que sigue al segundo volumen de los gallegos, editado en 2009. Si continuán publicándose a este ritmo, en pocos años podremos disponer de un mapa bastante completo de la vida empresarial española de los 2 últimos siglos. Sin embargo, el éxito de este tipo de obras no debe hacer olvidar que para conocer a fondo las estrategias y comportamientos empresariales necesitamos biografías largas de emprendedores y dinastías familiares. Dos libros publicados recientemente se insertan en esta línea de trabajo, que ha de ser complementaria de la anterior. Elena San Román ha escrito la biografía de Ildelfonso Fierro y Martín Rodrigo la historia de la familia Gil, objeto de esta reseña.

El profesor Martín Rodrigo posee una de las más amplias investigaciones en historia empresarial española. A su inicial tesis doctoral sobre los marqueses de Comillas hay que añadir, al menos, sus trabajos sobre Goytisolo, Vidal-Quadras, Ramos y Safont, y a este plantel viene a sumarse ahora la historia de las 2 primeras generaciones de la familia Gil, las formadas por el patriarca, Pedro Gil Babot, su mujer, Josefa Sierra, y sus 5 hijos: Pedro, Pablo, José, Claudio y Leopoldo Gil Serra. El libro cubre una laguna de conocimiento sobre uno de los grupos empresariales más poderosos de la Cataluña decimonónica (curiosamente ausente del compendio regional de biografías cortas, como señala Rodrigo) y se ha basado en el archivo particular de la familia, al que tuvo acceso el autor gracias a la amabilidad de uno de los bisnietos del patriarca. La Fundación Gas Natural corre con los gastos de la generosa edición del libro, que forma parte de su Biblioteca de Historia del Gas, compuesta por 5 títulos publicados desde 2006.

La estructura de la obra sigue un doble criterio cronológico y temático que, si bien obliga al lector, en ocasiones, a dar incómodos saltos temporales y geográficos, está justificado por la necesidad de analizar en profundidad y por separado las iniciativas empresariales más relevantes de la familia. Los 2 primeros capítulos están dedicados a la figura del fundador, Pedro Gil Babot, como emprendedor y como político. Por sus páginas discurren sus inicios como comerciante en Tarragona, Mallorca y finalmente Barcelona, su creciente actividad naviera (que incluyó episodios corsarios y negreros, tentación no poco habitual en la que cayeron los armadores españoles de la primera mitad del siglo XIX), y su traslado a Madrid como diputado y hombre de negocios que debía velar por sus intereses en la capital.

El tercer capítulo narra pormenorizadamente la suerte que corrió el negocio del estanco de la sal en Cataluña en el decenio de 1830. La iniciativa causó serios disgustos a Gil Babot, primero por desavenencias con sus socios y después por la guerra carlista, durante la cual el empresario empleó su influencia como diputado por Tarragona para obtener del Gobierno indemnizaciones y rebajas fiscales, hasta el punto de que se le llegó a acusar de otorgar su voto a Mendizábal para lograr dichas ventajas. A la larga, no cabe dudar de que resultó ser una empresa provechosa, en parte también porque pudo utilizar su condición de acreedor del Estado para adueñarse de fincas desamortizadas a cambio de sus derechos. Como era costumbre, el Tesoro pagó a Pedro Gil con títulos de deuda devaluados que, sin embargo, podían cambiarse en todo su valor nominal por fincas desamortizadas. De este modo, Gil, como otros, se convirtió en un destacado propietario de fincas en Cataluña, incluyendo entre sus adquisiciones el conocido Castillo de Riudabella, que había pertenecido al Monasterio de Poblet.

El importante capítulo cuarto es bastante más que «un retrato de familia», como modestamente lo titula el autor. En él se des-

grana el establecimiento en París y Londres de tres de los 5 hijos de Pedro Gil Babot, los hermanos Pedro, José y Pablo Gil Serra. Introducidos como dependientes en 2 casas de banca creadas por antiguos indianos de ascendencia vasca, la parisina Aguirrebengoa y Uríbarren y la londinense Aguirresolarte y Murrieta (después Cristóbal de Murrieta y Compañía), los vástagos, luego de algunos tropiezos debidos a su juventud, lograron crear su propia casa de banca en París. Mientras tanto, su padre cuidaba de los intereses familiares en Madrid y su madre se ocupaba activamente de los negocios de la familia en Cataluña. Critica Martín Rodrigo, con razón, que muchos biógrafos ni siquiera se molestan en mencionar la figura materna en sus obras sobre familias empresariales, aunque conviene indicar, en descargo de dichos autores, que no siempre las madres asumieron el protagonismo de Josefa Serra, la enérgica esposa de Pedro Gil Babot.

En los capítulos 5 y 6 se explica la creación, en el decenio de 1840, de 2 importantes iniciativas en asociación con Charles Lebon, deseoso de encontrar socios españoles que invirtieran en el desarrollo de sus inventos en España. Fueron la Sociedad Catalana para el Alumbrado de Gas en Barcelona y la Compañía General de Minas de Cataluña y Aragón, la primera exitosa y la segunda menos. Las relaciones de los Gil con el inventor y empresario francés pronto se volvieron tormentosas, convirtiéndose en una guerra abierta por el control de las empresas conjuntas, sobre todo la del gas. Llevaron a tal punto la enemistad que se cruzaron denuncias penales y Lebon llegó a pasar una temporada en la cárcel a instancias de sus socios catalanes. Por fin, los Gil se hicieron con el control de la Sociedad Catalana para el Alumbrado de Gas en 1849 y desde entonces disfrutaron de la buena marcha de la compañía, convirtiéndose, según el autor, en su iniciativa empresarial más rentable.

El séptimo capítulo nos habla de un tema sobre el que siempre quisiéramos conocer más, a saber, las casas de banca de origen español que operaron en las principales plazas europeas durante el siglo XIX. La banca Gil fue una de ellas, pues se mantuvo abierta en París durante 50 años, entre 1846 y 1896, regida por el primogénito, Pedro Gil Serra y, tras morir este, por su hermano Pablo. Actuó como una casa de banca privada gestionando las cuentas de sus clientes, preferentemente empresas y particulares españoles, y con estrecho contacto con Londres. Las cartas que uno de los hermanos Gil envió a Barcelona durante la Comuna parisina de 1871, que tan bien emplea el autor, son de un interés extraordinario para entender cómo vivió ese fenómeno revolucionario un integrante de la burguesía comercial y financiera de la capital de Francia. De sumo interés es, a su vez, la historia de la Real Compañía de Canalización del Ebro, que Martín Rodrigo cuenta con gran brío narrativo en el capítulo octavo. Fundada en 1851 con capitales franceses, ingleses y españoles para hacer navegable el Ebro entre Zaragoza y el mar, absorbió la imaginación, el tiempo y el dinero de los Gil y de otros acaudalados banqueros y prohombres del régimen isabelino, empezando por el Duque de Riánsares. Pero al cabo de los años fracasó debido al alto coste de las obras de canalización y a la competencia que comenzó a hacerle el ferrocarril a partir de 1861, y quedó reducida a una empresa de regadío del Delta del Ebro, sustentada por crédito de los Pereire.

En 2 capítulos más, el noveno y el décimo, el autor narra la vida empresarial de 3 de los hermanos Gil Serra. Uno de ellos estudió ingeniería en París y los otros 2 aprendieron idiomas y se formaron en casas de banca. Aunque se eche en falta algo más de bibliografía en el tema del traspaso generacional, que habría servido para centrar mejor la rica información sobre la estrategia de educación, formación y aprendizaje de los vástagos de Pedro Gil Babot, el autor emplea con inteligencia una documentación privilegiada para ofrecernos un espléndido ejemplo de red familiar y clientelar en la España decimonónica. A través de ella, y con una base financiera firmemente asentada en el éxito de la Sociedad Catalana para el Alumbrado de Gas, la familia Gil expandió sus intereses al gas de

Madrid y Andalucía y al ferrocarril. Y, como tantos otros magnates, uno de los hermanos Gil Serra, Pablo, legó casi la mitad de su herencia, unos 3 millones de pesetas, para la construcción en Barcelona del hospital de San Pablo, inaugurado en 1912, 16 años después de su muerte.

En definitiva, estamos ante un magnífico libro de historia empresarial, ameno y muy bien escrito, basado en abundantes y ricas fuentes de archivo, con un uso inteligente de la correspondencia

cruzada entre los protagonistas. Una lectura muy recomendable para todos los que quieran conocer mejor el mundo de los negocios y la política del siglo XIX español y sus conexiones europeas.

Pablo Díaz Morlán

Universitat d'Alacant, Alicante, España

doi:10.1016/j.ihe.2012.02.004

Jerònia Pons Pons y Javier Silvestre Rodríguez (Eds.): Los orígenes del Estado del Bienestar en España, 1900-1945: los seguros de accidentes, vejez, desempleo y enfermedad. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2010, 303 págs.

Durante siglos, especialmente desde la Revolución Industrial, las sociedades estuvieron amenazadas por 5 gigantes: miseria, enfermedad, ignorancia, abandono y ociosidad impuesta. Desde la segunda mitad del siglo XX, en los países capitalistas desarrollados se establecieron unas garantías públicas de seguridad para toda la sociedad, con el objetivo de preservar su subsistencia y bienestar «desde la cuna a la sepultura». Se sentaban las bases de la Seguridad Social, nervio del Estado del Bienestar (EB). Se trataba de proteger a todas las personas en un ejercicio público de solidaridad normativa como resultado de un consenso interclasista e intergeneracional.

Tony Judt hablaba de la importancia de los lugares de la memoria para comprender las sociedades actuales y su capacidad para proyectarse hacia el futuro; también recordamos sus reflexiones sobre la pérdida del consenso keynesiano, la desconfianza en lo público, el culto de lo privado y la necesidad de una conversación pública renovada. Pues bien, el libro que tenemos entre las manos está en la línea de las preocupaciones de este historiador. Veamos.

El Estado del Bienestar (EB) ha llegado a España con un atraso relativo respecto de los países capitalistas desarrollados de su entorno debido a la demora en su modelo de crecimiento económico y desarrollo político-social. Consecuentemente, los estudios económicos, sociales y políticos en relación a este sistema institucional y económico han tardado en ser abordados. Afortunadamente, desde hace unas 2 décadas, el retraso en la producción de esta literatura ha empezado a recortar las distancias respecto de aquellos. Precisamente es este un valor añadido, no el único, el que aporta el libro *Los orígenes del Estado del Bienestar en España, 1900-1945: los seguros de accidentes, vejez, desempleo y enfermedad*, publicado, con gran acierto, por la Universidad de Zaragoza. El libro es el resultado final de un proceso rigurosamente madurado y testado que los investigadores y editores pusieron en marcha en 2005 en Vancouver, que consolidaron en 2007 en Carmona (Sevilla) en el marco del encuentro científico sobre el Estado providencia, organizado por Francisco Comín y Lina Gálvez y que se enriqueció en un Curso sobre el contenido del libro celebrado en Zaragoza en 2008, bajo el auspicio y financiación de la Institución Fernando el Católico (CSIC-Diputación Provincial de Zaragoza). Nos hallamos ante una publicación largamente reflexionada y científicamente debatida y contrastada.

El libro tiene varias virtudes. La primera es el tema tratado. La polémica sobre la conveniencia y posibilidad de financiación del EB, añade valor a esta publicación muy oportunamente. La segunda es la solvencia de los autores, especialistas en sus materias, y el atino y buen criterio de los editores. Un sugerente y esclarecedor Prólogo-Guía de los editores nos incita a introducirnos en la obra, indicándonos los rasgos más relevantes de las contribuciones. Se

agradece el estímulo que sobre el cultivo de estas materias lanzan hacia la Historia Económica. A resaltar, asimismo, el énfasis puesto sobre el funcionamiento de los seguros sociales y su alcance práctico medido cuantitativamente (el texto del libro va acompañado de un riguroso aparato estadístico), para comprobar si se mejoraron las condiciones de vida de la población, en general, y de la clase trabajadora, en particular; y su comparación internacional, poniendo en evidencia el grado de la convergencia o divergencia: ¿Fue España diferente?

El libro contiene, además del prólogo, 8 capítulos. En el capítulo primero, «Los seguros sociales y el Estado del Bienestar en el siglo XX», el profesor Francisco Comín, en una espléndida y rigurosa síntesis expresada en un estilo claro y brillante, trata sobre la relación entre los seguros sociales y el Estado del Bienestar, desde la vertiente teórica e histórica, en el tránsito desde el Estado Providencial al Estado del Bienestar; es decir, desde la etapa de los seguros sociales inarticulados hasta su integración en la Seguridad Social; y todo ello desde la perspectiva general y española.

Alfonso Herranz expone, en el capítulo segundo, «La difusión internacional de los seguros sociales antes de 1945», la singladura de los diferentes sistemas de seguros sociales de diferentes países, en cuanto a su naturaleza y alcance intrínseco y su expansión geográfica, entre la penúltima década del siglo XIX y la Segunda Guerra Mundial, con el objetivo de servir de tabla comparativa internacional con la que se puedan medir los seguros sociales españoles, cuyo análisis se verifica en los restantes capítulos del libro.

En el tercer capítulo, «La cobertura social a través de los socorros mutuos obreros, 1839-1935. ¿Una alternativa al Estado para afrontar los fallos del mercado?», Margarita Vilar, en un asunto también vinculado con la polémica optimistas-pesimistas en relación a la primera etapa de la Revolución industrial y sus consecuencias sociales, aborda las modalidades de protección y ayuda mutua obrera en la etapa anterior a la intervención de los poderes públicos, su positiva función y su desaparición.

El cuarto capítulo, suscrito por Javier Silvestre y Jerònia Pons, acomete el primer seguro social público en España, fruto de la intervención del Estado en el asunto de las relaciones laborales: «El seguro de accidentes de trabajo, 1900-1935. El alcance de las indemnizaciones, la asistencia sanitaria y la prevención». Un seguro con largos antecedentes frustrados, complejo y, excepcionalmente, coetáneo de sus homólogos europeos. Los autores señalan sus logros, sus limitaciones y su carácter precursor.

Alexander Elu aporta, en el capítulo quinto, el resultado de sus investigaciones sobre «Las pensiones públicas de vejez en España, 1908-1936», a través de varios apartados: su evolución cronológica, las motivaciones e intereses de los trabajadores, de los empresarios y del Estado en relación a las pensiones de vejez, su impacto real y la valoración de este seguro social en el EB en España.

«El seguro de desempleo en España en la II República, 1931-1936. La evolución de las tasas de cobertura», es la colaboración de Sergio Espuelas, en el capítulo sexto. A destacar: el retraso en relación a la mayoría de los países europeos, como consecuencia de la falta de fortaleza del movimiento obrero, de la oposición empre-